

“LA SIMULACIÓN Y EL HIPERREALISMO COMO ESTADIOS DE LA TRANSMODERNIDAD”^(*)

Gerardo A. Vidal Flores
Profesor
Universidad Gabriela Mistral

Quisiera, advertir que éste es parte de un intento por configurar un trabajo de más largo aliento, cuya pretensión de análisis y entendimiento pudiese mantener aún mi entusiasmo. Por lo que con seguridad quedarán muchas observaciones a lo aquí planteado que merecerían sin duda una mayor extensión para reflexionar.

Asimismo, me parece conveniente indicar que probablemente el título más indicado para esta exposición, debería haber sido algo así como *Hacia una Prehistoria de la Posmodernidad*, que se ha convertido en una especie de “tiranía del objeto” como diría *Baudelaire*.

Si la “fugacidad”, “transitoriedad” y “momentaneidad”, llegan a caracterizar lo posmoderno, creo que es posible junto con Kracauer, Walter Benjamín y el propio Goerge Simmel, establecer la condición posmoderna del París o Berlín de mediados de siglo 19, sumidos en las “3M” nietzschenianas: “Moment” “Meinungen” “Modem”, “el momento”, “la opinión” y “la moda”. Circunstancias en las que curiosamente Karl Marx, aún intentaba, en su afán mesiánico, salvar la condición de alienación mediante la transformación de las estructuras económicas. ¡Que paradoja; y ¡que ironía para J.F. Lyotard y su intento por predibujar la posmodernidad tras la debacle europea de mediados de siglo!

^(*) Conferencia dictada en el Primer Congreso Iberoamericano de Sociología realizado en la Universidad Gabriela Mistral. Santiago de Chile, 1 al 4 de Julio de 1996. El autor ha querido mantener el sentido original de un ensayo modificando sólo pequeños espacios en el lenguaje.

No obstante, quisiera situarme acá más bien en un plano puramente indagatoria, descriptivo si se quiere, de un proceso que ha devenido por situar al "idealismo cultural" como un paradigma que intenta emerger como alternativa al proyecto Moderno, en lo que se ha denominado en cierta intelectualidad europea como "Transmodernidad". Un intento de reconstitución de una Modernidad más bien "rebajada".

Como lo indica Rosa María Rodríguez Magda, la Modernidad es el proyecto, la Posmodernidad su fragmentación y la Transmodernidad su retorno simulado en lo plural.

Pero, al mismo tiempo, interesa aquí advertir, cómo, esa suerte de "saliencia" en términos de René Thom, que supone la "fragmentación" y la "différance", como característica de lo posmoderno, ha devenido en un hiperrealismo que tiende a imponer según Baudrillard, un modelo estético basado, curiosamente en la "indeferance". Allí, podría situarse, sin duda, el principal escollo del intento de la Transmodernidad, y es en definitiva esta compleja línea argumental de un proceso que intento describir.

Ahora bien, sabido es que tal como fuera advertido por Max Weber, la racionalidad en tanto distintiva de lo que comprendemos como proyecto ilustrado, habría quedado atrapada en lo puramente instrumental, resultante para algunos relativistas, quizás ya inscrita en el deslizamiento que la razón subjetiva realiza en aras de comprender el objeto, quedando desde ya, en aquel intento, atrapada por las puras formalidades de éste. Fenómeno que al final de cuentas le permitirá a hombres como Adorno y Marcuse, sorprenderse por el fracaso que la razón ha tenido en el plano de la humanización propiamente tal. Auswicht bastará para marcar el hito que representa para ellos una razón que se convertido en "irracional".

J. Habermas, coincidiendo con Weber, intentará reflotar el proyecto ilustrado reificando el plano de la razón hacia los espacios no cubiertos por ella, y que permitirían a su juicio, avanzar en aras de superar la deshumanización advertida por los miembros de Frankfurt.

No es de extrañar el intento de Habermas, en él, sin duda se juega toda la ilusión utópica de la dialéctica y de incluso el

ideologismo que impregna a gran parte de la filosofía contemporánea.

Sin embargo, su "consenso argumental" y la "teoría comunicativa", propuestos como procesos vivenciales de una razón que buscaría cubrir los espacios no puramente instrumentales, parecen ceder ante la "fragmentariedad" e inclusive a la propia "différance" ya advertida por J. Deleuze y J. Derrida. No debiera extrañarnos el rechazo que Habermas asume frente a los posestructuralismos y posmodernismos, en tanto, ellos están dando cuenta de una realidad que pareciera situarse más allá de la propia racionalidad que sustenta el proyecto habermasiano, aún cuando el intento originario del posestructuralismo se identifica con la propia intención de Habermas.

Frente a Hegel, para quien la contradicción y la diferencia quedarán sumidas en el desarrollo del 'Sistema' (principio de Identidad), se retorna a pensar la historia de la filosofía como una contienda por establecer el orden de 'la identidad', de 'lo mismo' (real es igual a racional); en el otro extremo queda abierta la liberación de 'lo otro', 'lo múltiple', 'lo disperso', 'lo marginal', 'la diferencia'.

A este esquema responden las filosofías como la de Deleuze, Derrida y el propio Foucault, éste último, superado y agotado por el Hiperrealismo de Baudillard.

Según Deleuze, la "différance" sería "lo singular", "lo individual", "el acontecimiento", lo irreductible a la identidad, a las síntesis superadoras. Así, como señala Kracauer, si la base de la economía es el intercambio y no la producción, este intercambio como fenómeno sociológico *sui generis*, encarna, de hecho "lo transitorio", "lo fugaz" "lo contingente", como Baudelaire caracterizó a la Modernidad, y que curiosamente, se extiende a la condición posmoderna de Lyotard.

Pero además, Habermas parece también superado en la conformación de un nuevo instante paradigmático establecido por la unión de la Economía, la Ciencia y la Tecnología en un bloque de dominio, cuya manifestación psicosocial es la *simulación* como reemplazo de la realidad.

En este diagnóstico, las cosas espirituales y naturales aparecen desviando su identidad natural, su "mismidad", para usar un término "Ortegiano", y han sido "re-convertidas" en valores superiores e inferiores, haciéndolas así comparables, asimilables y, por esa vía, transables en un mercado fatocigado por esta suerte de "hoyo negro" en que se ha convertido la publicidad, núcleo del intercambio.

En este sentido es posible de que la "fragmentariedad", la "différance" no sólo supere el discurso habermasiano, sino que su vez, esta posmodernidad sea inundada por la "simulación" y el "hiperrrealismo" como estadios de un nuevo intento por retornar al proyecto ilustrado, ahora a partir de la fragmentariedad. Sólo que -a nuestro juicio- ese intento, como dirá Braudillard, está destinado también al fracaso al derivar la "différance" en una "indeferance", poniendo de manifiesto la necesidad de tomar nota, de la radical presencia de un sujeto que requiere ser reconstituido más allá de su puro potencial racional.

Parece exigible un necesario "reencantamiento" que pasa por la "resacralización del mundo", en tanto, a fin de cuentas, como lo ha reiterado *F. Moreno, el núcleo de la crisis es nuestra propia inteligencia que se ha desprendido de su orientación trascendental.*

En este sentido, la crisis de la Modernidad tiene sus raíces en los campos principales que la constituyen, es decir, en la razón, en el sujeto, en la historia y en la propia percepción de la realidad.

Según Xavier Subirats, la idea de Modernidad surge al mismo tiempo que la idea de progreso, y está indisolublemente unida a ella. Ya desde un punto de vista semántico, lo moderno se identifica con lo nuevo y presupone, con ello, un principio revolucionario de ruptura, esto es, de crítica, renovación y cambio.

Hegel, quien según *Habermas*, fue el primero en desarrollar un concepto claro de modernidad, comienza utilizando el concepto en contextos históricos de época: la "Nueue Zeit" es la "época moderna". Desde entonces, el "espíritu de la época", una de las expresiones nuevas que inspiran a *Hegel*, caracteriza a la actualidad como un momento de tránsito que se consume en la conciencia de la aceleración del presente y en la expectativa de la heterogeneidad del futuro.

En el prefacio de la Fenomenología del espíritu se lee: (...) "nuestro tiempo es un tiempo de nacimiento y de tránsito a un nuevo período. El espíritu ha roto con el mundo de su existencia y mundo de ideas vigentes hasta aquí, y está en trance de hundirlo todo en el pasado y anda entregado al trabajo de su transformación" (...).

La Modernidad así, se constituye en una edad histórica de transformaciones y quebrantamientos. Modernidad, progreso y crisis, son los términos de la ecuación que distinguen nuestro tiempo.

Ahora bien, la idea de progreso es relativamente reciente. La concepción mitológica y religiosa del mundo antiguo respecto de la historia era de carácter cíclico y determinista. El Brahmanismo o Hinduismo, así como gran parte del pensamiento presocrático de hombres como Heráclito o Pitágoras, y hasta el propio Aristóteles (alias Platón), son presas de una visión de este tipo. Reencarnación, Reminiscencia son quizás preámbulos del "eterno retorno" nietzscheniano.

Es el cristianismo quien rompe con esa visión, internalizando la idea de un sentido y condición humana con vista a una salvación trascendental. No obstante, más tarde, cuando la sociedad, la cultura y la propia historia son comprendidas como obra humana con exclusión de Dios, se traslada esa percepción de progreso humano, a una suerte de "fe en el progreso indefinido", estableciendo la creencia de que el hombre se encamina, al alcance de la felicidad inmanente sin tener que acudir al orden trascendental. *Karl Marx* y *Adam Smith* son hijos de este momento.

Según *Subirats*, cuando en el Renacimiento *Vasari* relata la historia de los pintores y escultores italianos, lo hace en términos ascendentes, de una progresión. Hoy, esta formulación del progreso aparece como paradójica, y no sólo porque nuestra sensibilidad ya no se acostumbra a concebir la historia del arte occidental precisamente como progreso, sino porque en nuestro mundo cultural no es el arte, sino la economía monetaria, las ciencias y la tecnología las que sostienen el proceso histórico como un desarrollo ascendente de acrecentamiento, de acumulación, de progreso.

Pero esta modernidad ha visto flaquear sus cuatro ejes componentes de su saber. Por lo pronto la razón finita y trascendental, transita desde lo inteligible absoluto, el idealismo exagerado platónico, hasta terminar por situarse en el terreno *nouménico*, y con ello, comienza a deslizarse poco a poco el entendimiento haciéndose cargo de los hechos, pero nada más, las esencias fueron quedando marginadas de su accionar, a despecho incluso del viejo *Kant*.

La siguiente arremetida contra la razón fue todavía más contundente y es la perpetrada por la llamada "filosofía de la sospecha". La razón no es ya ese utensilio limitado pero preciso, sino la superficie bajo la cual se ocultan intereses inconfesables.

Una razón -según *Rodríguez Magda*- "perversa", "malquerida", vilipendiada". Si algo ha caracterizado a los pensadores desde la Escuela de Frankfurt al post-estructuralismo, ha sido esta especie de catarsis de autonomía. La razón weberiana había *vampirizado* la razón toda, nos había llevado al desastre de la reificación, el cumplimiento de la razón a los campos de exterminio.

A partir de aquí las salidas han sido problemáticas. Es necesario se dice- diseñar una racionalidad no-instrumental y, a esa tarea se aplican a partir de ese momento todas las filosofías contemporáneas: "*la dialéctica negativa*" y el arte de *Teodoro Adorno*, "*la crítica del poder*" de *Althusser* y *Michael Foucault*, "*la diferencia*" de *Derrida*, "*el deseo*", de *Deleuze* y *Francois Lyotard*, la crítica del marxismo y el resurgimiento de Nietzsche en autores como *Bataille*.

Todas unidas en el intento por asumir lo "fragmentario", lo "diferente", la "*différance*", lo "pulsional". La Modernidad ha estallado y sus esquirlas se encuentran esparcidas por el finito de una comprensión confundida por imágenes y representaciones de la realidad, que han llegado -paradojalmente- a constituir la realidad misma. *Es la simulación*.

No diferente es el proceso por el cual el sujeto. ostentador de las características del "ergo cogito" cartesiano, en el momento en que *Marx*, *Freud* y *Nietzsche* introducen "lo otro" en el seno de su identidad, comienza a corroerse en sus propias entrañas, pasando a constituir carne y sustancia de su nombre. La "*différance*" que atraviesa a *Deleuze* y *Derrida*.

El hombre ya no es sólo sujeto del conocimiento, sino que se ha convertido en productor del conocimiento mismo.

Así, el estructuralismo terminará por aniquilarlo. Al principio *Wittgenstein* destruirá como ilusorio el lugar de su privacidad, la infundada pretensión del sujeto de ser origen y juez del significado. Para *Levi-Strauss* los mitos se piensan en el hombre, siendo éste finalmente -en palabras de Foucault- "*una invención reciente, de disciplinaria genealogía, cuyo rostro en la arena borrarán las aguas de los siglos*".

Más tarde, el topo ontológico es superado por una persistencia "*hologramática*", hueca, una monodología aparental, que no necesita identidad. Para Baudrillard, allí donde hubo sustancia, conciencia, alma, sólo queda el individuo, la privacidad, como conceptos formales, límites, plausibles en una práctica hedónico-consumista, pero vaciados de cualquier fundamentación.

También la historia sufre estos embates. La Modernidad es fundamentalmente un proyecto histórico, pues con la ilustración nace la idea de la historia, noción que, pretendiendo dar razón del devenir de los siglos, ha mostrado una hegemonía temporal muy reducida. La crisis de la noción de historia está unida al declive de los marxismos. La crítica al marxismo durante los años setenta efectuada por nuevos filósofos, acabará con el primado del materialismo histórico.

Por otra parte, la noción de post historia introducida por *Arnold Gehlen* implica comprender la secularización de la idea de progreso, desnudándola de su implícita noción cristiana de salvación, así, carente de sentido, encallará en una completa inmovilidad, cuyo reflejo es el nulo atractivo de los proyectos revolucionarios o la bienaventuranza de la rutina cotidiana.

Desde luego, la crisis en este sentido, y tal como lo hemos ya indicado, es una crisis de la propia inteligencia que ha perdido su orientación trascendental quedando absoluta e ilusoriamente entregada a su propio devenir. Es una crisis, al final de cuentas cultural y por sobre todo religiosa.

Finalmente, la noción de realidad sufre también un gran revés, quizás mucho más palpable para nosotros. La modernidad de acuerdo con *Heidegger*, había comenzado con el hecho de que el

mundo se convierta en imagen. Este -por lo demás- es el sentido kantiano de evaluar la justeza de la representación, pero, con la conciencia de que nuestro conocimiento no puede captar la realidad total.

La “*nouménica*” ha sido nuevamente abandonada y con ello se opta por la gnoseología frente a la ontología, como si la exageración platónica volviera a imponerse sobre el realismo moderado aristotélico.

Como se quiera, el lenguaje, no la realidad ha sido el verdadero objeto filosófico de este siglo desde *Wittgenstein* pasando por la filosofía analítica, el estructuralismo y sus prolongaciones.

¡Qué paradoja! exclama *Rodríguez Magda*, después de veinticinco siglos de búsqueda de verdades trascendentales, hemos vuelto al mundo de la “opinión”. Sólo que hoy hemos sido absorbidos por el mundo de la pantalla como reflector principal del paradigma de la simulación.

Según este fenómeno, el signo lingüístico aparece condenado a una radical separación respecto de sus componentes; significado y significante. Como sabemos, para *Saussure* un signo lingüístico une un concepto con una imagen acústica. Sin embargo, ya el propio *Saussure* advierte cómo frente al signo, normalmente sólo nos situamos en su imagen acústica, desvalorizando el significado que conlleva el concepto.

No obstante, y tal como lo indica *Roland Barthes*, el signo lingüístico nos introduce en el sintagma continuo, en la denotación y en la matización de significado. Está allí quizás con mayor presencia lo que *Saussure* denomina como la “*arbitrabilidad del signo*”. En cambio, el significante de connotación remite a las puras esencias, al mundo de las ideas platónico. Como lo dice el propio *Saussure*, se ha utilizado la palabra símbolo para designar el signo lingüístico, o más exactamente lo que llamamos significante. Este símbolo tiene por carácter no ser nunca completamente arbitrario; no está vacío. Así el significante connotado por una imagen es siempre un mundo de valores universales.

De esta forma, nuestro código estético está hoy determinado por la retórica de la publicidad, de los video-clips,

del marketing. Por eso el objeto desaparece y es un universo de sentido el que compramos al adquirirlo. Se ha llamado a esto *hiperrealismo*, *idealismo cultural*, o bien "*efecto Disneylandia*" como lo denomina *Rodríguez Magda*.

Todos los objetos, dice *Braudillard*, privados de su secreto y su ilusión, están condenados a la existencia, a la apariencia visible, están condenados a la publicidad, al hacer creer, al hacer ver, al hacer valer. Nuestro mundo moderno es publicitario en su esencia. ¿Acaso la política misma no ha llegado a consistir en hacer creer, tal como llega a insinuarlo *J. Schumpeter* en su modelo residual?

La "*simulación*" ha roto la "*representación*" dando lugar al hiperrealismo donde "el ser" se agota en "el parecer", cuyo ejemplo clásico es la figura de los Rainiero en Mónaco o del dominio de la imagen y la simulación en lo político, que permite a Hollywood entrar en la Casa Blanca. Sin duda Rambo ha enmendado la historia, convirtiendo en victoria fílmica -o sea real- lo que fue una de las pocas guerras perdidas por los EE.UU.

Retornamos al reino de la apariencia, no como fracaso o límite de nuestro conocimiento, sino como una fatalidad de lo real que huye de sí mismo. Una realidad pueril, ligera, alejada de su trascendencia o su posibilidad. Una realidad "*light*".

"Light" es nuestra realidad y "lights" son los objetos que la pueblan. Se requiere de alimentos que parezcan, esto es, que agraden y confundan a la vista, pero que no sean. La sociedad actual pide simulación y artificiosidad.

¿Cómo vivir -soportar- el exceso si todo él es real? De la misma manera que los patricios romanos vomitaban para poder seguir degustando manjares, el hombre cibernético de fin de siglo, prefiere ingerir apariencias para ampliar su proceso de consumo. No interesa la satisfacción estoica de las necesidades, sino un hedonismo incrementado.

Entren Uds. al Supermercado a comprar leche (nos propone *Rodríguez Magda*). Verán como son comprometidos a comprar un producto al cual se le agrega o quita realidad según convenga, induciéndoles además, a comprar una "*idea - sentido*". Quieren Uds. leche entera, pues bien, para convencerlos se les ofrecerá una leche no como todas, sino una que es más leche que

cualquier otra, y para ello, se añaden aromas naturales, sabores y vitaminas, y así nos venden, no un objeto, sino una idea, "salud", "fuerza natural", con la contradicción de que esa "naturalidad" sólo se logra desnaturalizando al objeto referente, haciéndolo más real que él mismo.

Pueden Uds. optar por una leche ligera, desnatada, light. En este caso, la entrada en la irrealidad, en la apariencia, se va a lograr por el camino opuesto. Cuando compramos una leche light, adquirimos el ideal "salud-continencia-despilfarro". Nos venden delgadez por aquello que realmente no hemos ingerido y en conclusión, "belleza", "imagen", "dinamismo". Y nos venden además un status de consumo, dado que convertir en apariencia algo que era real cuesta dinero.

Nos hemos convertido en "Mister Chance" (a propósito del rol de P. Sellers en "Desde el Jardín") aunque no nos demos cuenta. La nueva utopía es convencernos de que podemos cambiar de canal, de empleo, de auto, de cuerpo, de realidad en suma, cuantas veces queramos. El futuro, esta idea substantivada, perfilada con unas características de valor, termina materializándose en una línea tecnológica donde, Economía, Ciencia y Tecnología se unen en un sólo referente. Así, autos, computadores, servicios bancarios, etc., concretizan un nuevo sentido de lo que es el futuro.

La apariencia se erige en estilo de vida, universalmente aceptado y reconocido, y de hecho, el protagonista de nuestra época es el que sabe exhibirse en público. El fenómeno del hombre moderno -había dicho *Nietzsche*- ha llegado a ser pura apariencia, no está visible sino oculto en lo que representa.

No obstante, el estadio de la simulación no es el término del camino. Puede aún perfilarse otro estadio en las puertas de nuestra realidad. Es el hiperrealismo, la sobresaturación de mensajes, entropía, infinita celeridad de lo fijo, vanalidad.

Según *Simmel*, la clave para el análisis contemporáneo de la modernidad no hay que buscarla en una interpretación del sistema social, ni de sus instituciones, sino, en "los hilos invisibles" de la realidad social.

En este sentido, lo cierto es que la fragmentariedad, la fugacidad, lo contingente, la ausencia de identidad, la

multiplicación de las diferencias, nos conduce irremediamente a una indiferenciación, tal como *Baudrillard* intenta definir su sentido de la transexualidad.

Así el modelo estético no es lo femenino, ni lo masculino por cierto, sino el de una androginia mutante, frankesteniana, a la manera de *Michael Jackson*, el imperio de la silicona y muñeca inflable de la *Cicciolina*, la imagen ambigua de *Bosé*, la fase mutante y galáctica de múltiples grupos tecno-pop, o el lujo de la transformación de *Boy Georges*, o *David Bowie* o *Madonna* y su morbismo y artificialidad.

Como lo ha dicho *Baudrillard*, lo que existe no es el erotismo y el deseo, sino el modelo transexual como paradigma estético de nuestro presente. Paradigma extendible -por cierto- a otras manifestaciones sociales.

El pestiche, lo Kitsch, el cuidado de la imagen, el eclecticismo, el juego de artificio, la prótesis, la ingeniería genética de lo social, impregnan el arte, la política, la arquitectura, la teoría, la ideología y la ciencia.

El look sustituye a la identidad, existimos porque "otros nos ven", y en este "ser mirados" se agota nuestra esencia.

El triunfador es aquél que mejor gestiona su imagen, el manager de su propia seducción. Hemos traspasado el "en sí" y el "para sí" Sartreano, para envolvernos enteramente en el "para otros" del existencialista.

El hiperrealismo creado por los surrealistas termina por reducir el mundo a la tontera de un demiurgo apresurado. No es de extrañar el asombro de *Umberto Eco* al descubrir cómo la mayor parte de los museos del oeste americano no presentan copias o minuciosas reproducciones de los objetos artísticos y arqueológicos, sino reconstrucciones mejoradas.

Así se puede observar la Venus de Nilo con los dos brazos, La última Cena de Leonardo en tres dimensiones y con colores brillantes. La copia supera el original, y en última instancia no importa si ese original no existe, o si no ha existido jamás. *Baudrillard* parece haber dado en el clavo cuando refiriéndose a América y al hiperrealismo afirmaba: "*Disneylandia existe para que creamos que el resto del mundo es real*".

Aquí, para algunos, radica el desafío imperante de nuestro futuro, dado que salir de este estadio sólo es posible por una ruptura radical que nos retorne a la historia y a la realidad, y esto no parece ni probable ni deseable. El camino hacia la hiperrealidad y la simulación ha sido constante, si somos consecuentes, apenas nos queda tiempo, debemos estar a punto de desaparecer en la ficción.

A mi juicio, aquí está una de las condicionantes más importantes en lo que podemos entender junto con *Simmel* como la "*tragedia cultural*". La concepción clásica ilustrada del progreso suponía en un instante, que el avance histórico condicionado por la acumulación capitalista y el desarrollo científico, extrañaba un orden racional capaz de congeniar este proceso con los valores éticos, estéticos y sociales.

El quiebre de estos órdenes de vida, su distanciamiento es lo que el mundo actual de la simulación ha puesto en evidencia. La informática ha venido a agravar esa distancia al sustituir la experiencia humana por la acumulación indefinida e incontrolable de información.

Así volvemos sobre la caracterización de *Baudelaire* de la modernidad: lo transitorio, lo fugaz, lo contingente. De esa forma entramos a un análisis que según *Simmel*, no es histórico sino vivencial, es la forma y modo como se experimenta la realidad social de esa modernidad; experiencia moderna que no es sino el presente inmediato, a veces, irreconocible como indeterminado, dado el cesante devenir de la realidad-apariencia.

A nuestro juicio, el hombre moderno deambula como vagabundo incesante por un mundo de puro devenir, falto de lo esencial se cobija en lo superfluo, a través de lo cual intenta ocultar el vacío que ha dejado en él lo esencial. Para esto existe una fórmula que describe y constata este empobrecimiento, esta precipitación: "*Dios ha muerto*".

Esta proposición no es una aserción dogmática y nada tiene que ver con la negación o demostración de la existencia de Dios; no se puede ni poner en duda ni atestiguar su validez aduciendo el progreso o retroceso del sentimiento religioso.

Esta proposición no significa que los valores supremos se hayan devaluado o dejado de tener valor y que los nuevos valores

no hayan ocupado todavía el lugar que ha quedado vacante, sino algo mucho más profundo y estremecedor, es decir, que el hombre, en la apuesta que es la historia, ha abandonado lo esencial como un trasto inútil y ha apostado a la búsqueda febril de lo inesencial, vive ya sin vínculos con lo esencial, no lo atrae, e inclusive ha dejado de comprender su lenguaje.

La sentencia de Nietzsche anuncia el advenimiento de una época que supone la victoria de lo inesencial sobre lo esencial. Así, retroceder hacia adelante y progresar hacia atrás, es la raíz del carácter tragicómico de la época moderna.

Pero, ¿podemos hablar de la inexistencia de valores en nuestra sociedad? No. Ellos existen, y le dan cuerpo a la identidad nacional. Sólo que éstos han entrado a la juguera del intercambio, de la convertibilidad, y con ello, la propia autovaloración de la existencia comunitaria queda atrapada en las condicionantes de esa convertibilidad, socabando con ello a la propia identidad nacional.

La pérdida de esa identidad es la pérdida del sentido de la realidad absorbida en el juego perpetuo de lo fugaz e intrascendente. Pero ha sido paradójicamente producto de la propia "différance" que ha provocado la "indefférance". Y esto, aunque no podríamos extenderlo aún cómo un fenómeno de toda la sociedad, abre sin dudas un cuestionamiento vital a la pretensión intelectual de la Transmodernidad. Ya no es posible retonar al proyecto ilustrado a partir de su fragmentación, de su pluralidad, de su "différance". El arte y la literatura fueron quizás los primeros en advertir la superación del posmodernismo en el surrealismo y el hiperrealismo. Hemos alcanzado, paradójicamente, un modelo estético basado en la indefférance.

Nada de lo aquí señalado es ajeno a nuestra existencia como comunidad nacional. Quizás la generación liderada por Vicente Huidobro, o más tarde Matta, pudo mejor que nadie distinguir este proceso y sumirse en el surrealismo y en esta suerte de realismo mágico que suele encantar la literatura.

Nuestra condición de desarrollo expectante va ligada a la escasez de espíritus críticos que como diría "Zaratustra" pululen la plaza pública. En nuestra sociedad se distingue ya la mueca de una leve sonrisa, muchos comienzan a disfrutar, algunos

desconfían, pocos, muy pocos, reflexionan desde rincones olvidados de esta gran mansión.

¿No resulta paradójico que se pretenda que entremos en la Modernidad cuando nuestra verdadera agonía -para usar un término de Unamuno- es salir justamente de ella?

Podemos, claro está, avanzar paso a paso hacia la decadencia, como definía el progreso moderno el propio Nietzsche, o bien, podemos intentar buscar la bifurcación que nos permita saltar la quebrada sin riesgo de caer en su profundidad.

Lo primero es real y está rodeado de luces de neón que atraen las pobres conciencias y voluntades, lo segundo supone el 'reencantamiento' del mundo, la 'resacralización' de éste. Sin lugar a dudas, un desafío que, me temo, muy pocos, están dispuestos a hacer. Por lo pronto es necesario advertir como el Rey está desnudo, aún a riesgo de no ser escuchado.